



# LA INDUSTRIA EN EL MEDITERRÁNEO: UNA HISTORIA EN CONSTRUCCIÓN<sup>1</sup>

*Gerard Chastagnaret*<sup>2</sup>

Reconocida desde hace décadas en España, Italia o Grecia, la historia industrial del Mediterráneo empieza sólo ahora a conquistar su legitimidad científica en Francia. Y eso teniendo en cuenta que, durante el siglo pasado, la costa de la Provenza, de Marsella a la Seyne, fue uno de los principales centros franceses de construcciones mecánicas y de la metalurgia de los no ferrosos, y que el espacio urbano marsellés aún muestra, para quien sabe verlas, las señales de un rico pasado industrial; que la Provenza posee una tradición bicentenaria en la industria química y que el aluminio se produce allí desde hace más de un siglo. Podrían multiplicarse los ejemplos, al margen incluso de toda referencia a Fos, que se percibe como un injerto aislado, de origen exterior y de resultados ambiguos.

Esta discordancia entre la amplitud del campo y la larga modestia de los trabajos tienen que llevar al historiador a interrogarse sobre sus objetos de estudio, sus conceptos de referencia y sus métodos de trabajo: ¿Por qué, durante mucho tiempo, se ha estudiado poco y a veces tan mal la industria mediterránea? Lejos de querer elaborar una hagiografía industrial del Mediterráneo, tan indefendible como la mera ignorancia, el presente artículo pretende a sacar a la luz los mecanismos intelectuales que durante mucho tiempo han obstaculizado la investigación, subrayar las evoluciones que se han producido en los últimos quince años, primero en territorios vecinos, y destacar algunas imágenes recurrentes, a través de los espacios y de los tiempos, de una actividad que a menudo ha visto cómo su propio dinamismo ha sido confundido con muestras de arcaísmo o de fragilidad. Finalmente, se propondrán algunos ejes para la reflexión y la continuación de los trabajos.

## 1. Las lógicas de la ceguera: una doble normalización de la historia

La historiografía francesa no ha sido la única en ser cuestionada. Hasta finales de los años setenta, todos los historiadores mediterráneos percibieron de una manera muy limitada su propia industrialización, porque la habían interpretado a través de unos instrumentos de análisis elaborados a partir de casos enormemente dispares.

1 Traducido del francés por Bienvenido Marzo López, becario de investigación de la Junta de Andalucía en la Universidad de Almería (departamento de Economía Aplicada, área de Historia e Instituciones Económicas).

2 Director de la Casa de Velázquez.

## 1.1. La norma de los historiadores: la revolución industrial inglesa

El crecimiento industrial de Gran Bretaña a partir del siglo XVIII ha fascinado a los historiadores hasta tal punto que la industrialización británica se ha visto erigida en modelo a partir del cual debían apreciarse todas las demás experiencias nacionales o regionales<sup>3</sup>. De aquí la aparición de lecturas despectivas no sólo de la industria mediterránea, sino también del conjunto de la industrialización francesa. Desde el final de la segunda guerra mundial y hasta los años sesenta, el análisis de la superioridad británica fue un clásico de la producción historiográfica. Arthur DUNHAM (1953), Rondo CAMERON (1938) y Charles KINDLEBERGER (1964) se cuentan entre los principales representantes de una corriente cuya figura más emblemática es, sin duda, David LANDES (1949 y 1969), tanto por la longevidad de su compromiso con este tipo de análisis como por el vigor de su pensamiento.

De esta manera se valoraron especialmente las innovaciones técnicas, los cambios en la organización de la producción, con la puesta en marcha de grandes fábricas, así como el papel motor desempeñado por algunos sectores concretos como la industria textil (sobre todo la algodonera), el carbón y la siderurgia. Para que fuese portadora de desarrollo, es decir, de progreso irreversible, la industrialización debía acompañarse de cambios cualitativos en los sectores, en las técnicas y en las estructuras.

## 1.2. La normalización de la historia por la economía: las etapas del crecimiento económico

La célebre obra de W. W. ROSTOW (1960) suministró a estos planteamientos el crédito de la ciencia económica. Basándose en gran medida en los estudios sobre el caso inglés, el economista americano distó mucho de ser innovador, pero aportó una formalización teórica, clara y eficaz a un conjunto de ideas reunidas en un sistema ideológico cerrado y aparentemente coherente. Determinó de esta manera las fases sucesivas de todo proceso de industrialización exitoso. Más allá del concepto de *despegue* (*take-off*), cuya fortuna posterior es de sobra conocida, su construcción se basó en algunos conceptos básicos, de entre los que deben destacarse dos. El primero es el de *salto cualitativo* que permite, por ejemplo, distinguir el *verdadero* desarrollo de un simple crecimiento coyuntural. El segundo, complementario del anterior, hace referencia a las *condiciones necesarias* para transitar a un nivel superior de desarrollo, especialmente en el ámbito de la acumulación previa de capitales y de *los sectores punteros* que desempeñan el papel de motor del crecimiento.

---

3 Buen indicador de esta moda de la Revolución Industrial británica son las ediciones sucesivas de la obra de P. MANTOUX, *La Révolution industrielle au XVIIIe siècle*. La primera edición es de 1906, la versión inglesa de 1928 y la reedición francesa traducida del inglés de 1959.



No es nuestra intención analizar aquí las consecuencias, a veces graves, de la puesta en práctica de las recomendaciones implícitas en una obra que ha hecho autoridad. Con otras corrientes de pensamiento, a veces de ideología opuesta, contribuyó a las aberraciones en política económica de países que acababan de conseguir su independencia: desde el agravamiento de la presión fiscal sobre el campo, en nombre de la acumulación previa, hasta la implantación de industrias pesadas, en nombre de la necesidad de *leading sectors*. Varios países mediterráneos “en vía de desarrollo” incurrieron en estos errores. Sin embargo, hay que hacer especial hincapié en las consecuencias historiográficas, ya que fue entonces cuando se asistió a la culminación del proceso descalificador de la industria mediterránea: la ausencia de un sector puntero a la inglesa, con una marcada debilidad del carbón y la siderurgia; así como la supervivencia, a la larga, de técnicas y formas de producción tradicionales; y, por último, la debilidad de las inversiones. Las actividades de transformación en el Mediterráneo acumularon una serie de imágenes negativas, de dispersión, de arcaísmo, de fragilidad y de pura explotación de oportunidades de mano de obra o de mercados. La industria mediterránea parecía depender más bien de las lógicas comerciales; no era portadora ni de modernidad, ni de crecimiento duradero; se trataría, básicamente, de una falsa industrialización.

En estas condiciones, poco puede asombrarse uno del poco interés suscitado por la historia industrial de este espacio. Hasta mediados de los años setenta, la historia económica de los espacios mediterráneos fue ante todo una historia rural del período moderno, como ejemplifican numerosas tesis francesas y españolas, y en particular la gran obra de Emmanuel LEROY-LADURIE. En España, la primera gran obra de historia industrial, la que Jordi NADAL publicó en 1975, llevaba un título con claras connotaciones negativas: *El fracaso de la Revolución industrial en España*. Fuera ya del contexto mediterráneo, ciertos trabajos a contracorriente no encontraron de forma inmediata el eco que merecían, como fue el caso de los de Maurice LÉVY-LEBOYER (1968 y 1970), que mostró la originalidad de ritmo y de modalidades del crecimiento francés. Estos trabajos eran demasiado discordantes con la aún mal lograda historiografía de la historia de los precios, al tiempo que invitaban a renunciar a las conveniencias del conformismo intelectual al que se acogen todas las familias del espíritu.

## 2. Una historia en construcción

### 2.1. Los cuestionamientos de la crisis

Las repercusiones sobre la investigación histórica de la crisis económica que se desencadenó a partir de 1974 tardaron algunos años en manifestarse, pero lo hicieron de manera especialmente viva. Razones no faltaron. El cierre de fábricas, la depresión de varias de las grandes regiones industriales de Europa invitaron a interrogarse sobre el papel de la industria en el empleo, sobre el propio carácter irreversible del desarrollo. Además, entre los sectores industriales, fueron los tres grandes triunfadores del siglo XIX y de los primeros años del XX los

que sufrieron las peores dificultades y causaron las crisis regionales más profundas: la industria textil, el carbón y la siderurgia. En cambio, otras industrias vinculadas al sector agroalimentario o a los bienes de consumo más corrientes resistieron mejor, y continuaron aportando una cierta prosperidad local. En último término, la crisis afectó en mayor medida a las grandes fábricas que a las pequeñas unidades. De modo que se abrió el camino para un cambio en las normas, sobre la validez de la industria como base del crecimiento, sobre los sectores punteros tradicionales y sobre las estructuras de producción.

Los efectos de esta nueva situación afectaron de forma global al conjunto de la historiografía económica. Patrick O' BRIEN y C. KEYDER (1978) otorgaron un nuevo valor al crecimiento francés en una obra de título significativo: *Two Paths to the 20<sup>th</sup> Century: Economic Growth in Britain and France (1780 to 1914)*. El propio David LANDES, durante tanto tiempo defensor del modelo británico, terminó por unirse discretamente al movimiento. En 1983, sin renunciar a la idea de sector puntero, puso de manifiesto que, en Suiza, podía haber sido la industria relojera la que asumiese dicha función. Pero, sobre todo, aparecieron dos obras, aunque de espíritu bien diferente, que impugnaron con atrevimiento los prejuicios anteriores. En una de ellas, el historiador N. CRAFTS (1985) destacó que el crecimiento británico había sido mucho más débil de lo que se dijo, tomando caminos notablemente distintos a los presentados en los análisis clásicos: Inglaterra no era un modelo, y sobre todo no era el que se había propuesto. En la otra, la historiadora canadiense M. BERG (1985) cuestionó los conceptos tanto de salto cualitativo como de sector motor. Sabiendo el peso que la influencia anglosajona tiene sobre la producción de historiografía económica mediterránea, de allí surgió un estímulo para superar a la anterior estrechez de miras y un aval para los planteamientos innovadores ya iniciados.

## 2.2. Planteamientos mediterráneos

La crisis desempeñó, pues, un papel de liberación de los espíritus, que se reveló tanto más eficaz en el mundo mediterráneo cuanto que otros factores también entraron en juego: las estructuras universitarias que coadyuvaban a la vitalidad de la historia económica, particularmente en España; las voluntades, explícitas o no, de construir una historia nacional, de Cataluña a Grecia; y, finalmente, las preocupaciones patrimoniales que suscitaron notables actuaciones, como por ejemplo en Barcelona o Venecia (NADAL y MALUQUER 1985; y MANCUSO, 1989).

El resultado más visible de esta libertad y este dinamismo consistió en un esfuerzo de recopilación científica de la integridad del pasado industrial del Mediterráneo. La abolición de las normas favoreció así una ampliación de las investigaciones en diversas direcciones complementarias. La primera fue sectorial. El cuestionamiento de la primacía de ciertos sectores puso término al descrédito implícito de algunas actividades productivas: el sector agroalimen-



tario, la confección, el calzado o el trabajo de la madera se integraron plenamente a partir de ese momento en el inventario de las actividades y de los centros de interés. Jordi Nadal y su equipo de Barcelona han desempeñado un papel vanguardista en este movimiento, hasta el punto de haber consagrado en 1991 un curso monográfico de la Universidad Menéndez Pelayo a los sectores industriales *no líderes*; sesión que, por otra parte, daría lugar a la publicación de una obra con mismo título (NADAL y CATALÁN, 1994). La ampliación estructural resultó igualmente importante: la dimensión de las empresas y el grado de innovación de las técnicas dejaron de ser criterios determinantes. Las pequeñas fundiciones de plomo de Cartagena y Hermoupolis, las grandes fábricas de tabaco merecen tanta atención como la industria textil o las construcciones mecánicas. De estas dos primeras aperturas se derivó, como corolario, una última ampliación de naturaleza cronológica, que supuso adelantar al siglo XIX la inserción del espacio mediterráneo en el proceso de industrialización (DEWERPE, 1985). La observación anterior resulta particularmente acertada para el caso de Marsella, que conoció una industrialización claramente definida a partir del segundo tercio del siglo XIX, mucho antes de la edad de oro de la industria marsellesa acotada en las obras clásicas de Louis PIERREIN (1975) y en las de M. LESCURE (1990) y M. RONCAYOLO (1990).

### 3. ¿Una industrialización diferente?

Aún es pronto para apreciar en toda su amplitud el alcance científico de este cambio, ya que el proceso está en curso y no ha terminado de dar todos sus frutos, especialmente en el caso de la Francia meridional. Sin embargo, ya se pueden observar resultados decisivos en dos ámbitos concretos: la realidad de las actividades industriales y las lógicas que las sostienen.

155

#### 3.1. Un abanico de actividades muy amplio

En todo caso, a estas alturas se impone ya una afirmación: el Mediterráneo, o más concretamente su orilla norte, no ha sido ese desierto industrial, ese vivero de fracasos o, en el mejor de los casos, ese refugio de arcaísmos que con demasiado frecuencia han servido de argumento para contraponerlo a la industrialización de la Europa del noroeste. Ciertamente, la agricultura, bajo sus formas mini o latifundistas, ha tenido un peso importante, aplastante incluso, en determinados Sur de los Sures; pero las circunstancias han sido muy diferentes según las regiones, y el latifundio no constituye un obstáculo por sí mismo al desarrollo industrial: ¿acaso no estuvieron Sevilla y Málaga entre los santuarios más precoces de la siderurgia ibérica moderna (CHASTAGNARET, 1985; RAVEUX, 1998)? A condición de negar toda exclusividad, se ve emerger a lo largo del siglo XIX, de Hermoupolis a Cartagena, múltiples focos industriales que en ocasiones llegaron a emplear a más de diez mil de obreros (AGRIANTONI, 1984 y 1986). En cambio, la industria textil, tan ponderada en Milán y Barcelona, a distado

mucho de ser omnipresente. A pesar de numerosas iniciativas, la siderurgia básica contó menos aún (incluso en Marsella y en sus alrededores), y, excepto en el caso italiano con el apoyo del Estado, resultó con frecuencia poco duradera. En cambio, otros dos ámbitos metalúrgicos son el objeto de numerosas empresas de mayor duración: las construcciones mecánicas (incluidas las construcciones navales y los no ferrosos), en particular la industria del plomo, en la que el Mediterráneo desempeñó un papel decisivo a escala mundial durante todo el siglo XIX (CHASTAGNARET, 1992). Asimismo, la química también se desarrolló precozmente, con la sosa artificial, antes de conocer un nuevo desarrollo en el siglo XX. El conjunto de las industrias vinculadas al consumo, en particular el sector agroalimentario, constituyó un abanico muy amplio de actividades, a menudo presente y una elevada necesidad de mano de obra. La lista no es exhaustiva: habría que añadir las fábricas vinculadas a la construcción, como los tejares; al transporte, como las velerías; etc. Por último, la asimilación entre actividad de transformación mediterránea y arcaísmo técnico no resiste al estudio de caso. A mediados del siglo XIX, Louis Figueroa introdujo en Marsella las más modernas técnicas de desplateado del plomo. En Cataluña, durante la segunda mitad del siglo XIX, las formas tradicionales de los molinos de trigo fueron sustituidos paulatinamente por las fábricas de harina a la húngara (NADAL, 1992).

Con su siderurgia, rápidamente en dificultades, sus construcciones mecánicas, sus fundiciones de plomo, sus fábricas de sosa, sus aceiterías y jabonerías, sus almacenes de harina, sus tejares, su industria tabaquera y sus múltiples talleres que producían velas, sombreros o naipes, Marsella constituye un ejemplo quizá extremo de esta diversidad sectorial y estructural de la industria mediterránea (CHASTAGNARET y TEMIME, 1991; RAVEUX, 1998). Pero no es un caso único: Hermoupolis asoció durante prácticamente un siglo, a partir de mediados del siglo XIX, construcciones navales, tenerías, fundiciones de plomo, almacenes de harina, fábricas textiles... en una geografía urbana caracterizada por el desplazamiento hacia el exterior de las actividades más exigentes o de las más contaminantes, por las reasignaciones de emplazamientos y la constitución de una verdadera ciudad obrera.

### 3.2. Lógicas complejas

Una de las razones de la infravaloración de esta industrialización reside en que a menudo se rebela contra las lógicas clásicas del análisis del fenómeno industrial, de la inversión modernizadora que conduce a la conquista de un mercado mediante la creación de una fuerte capacidad productiva y un recorte del coste. La cohabitación sectorial y estructural que caracteriza a la industria mediterránea remite en realidad a una pluralidad de lógicas, y más concretamente al cruce de lógicas comerciales y productivas. Seguramente sea en este ámbito donde queda más por desarrollar en el trabajo de reflexión.



### 3.2.1. Las lógicas comerciales

Dichas lógicas, que con frecuencia se han alegado para negar la vitalidad industrial de un Mediterráneo en donde la transformación no sería más que un simple anexo del intercambio, no deben ser infravaloradas. A menudo, la industria surgió allí donde el comerciante podía proveerse de la materia prima -por ejemplo, algodón de Egipto, trigo de Asia Menor en el Hermoupolis, o plomo bruto de España en Marsella. Igualmente se afirma que se desarrolló en lugares favorables para la conquista de mercados. Estas realidades son fundamentales, y suscitan a su vez reflexiones complementarias que seguir en varias direcciones. He aquí dos, entre las más prometedoras. En primer lugar, una investigación sobre la larga duración de las rutas, sobre todo las marítimas, permitiría comprender mejor cómo la permanencia de las fundiciones industriales pudo combinarse con la renovación de las propias actividades: la apertura conlleva competencia y, consecuentemente, precariedad; también es un elemento de renovación: las rutas tradicionales pudieron servir de cauce para nuevos productos. Por otra parte, los mercados industriales mediterráneos deben ser pensados a la vez en términos de compartimentación y apertura: compartimentación sobre una región, a veces una microregión; apertura sobre un espacio nacional, sobre otras superficies mediterráneas, o sobre los espacios más alejados de Europa o de otros continentes. Los mercados locales y nacionales eran a la vez estrechos y seguros, y el “mar adentro” era sinónimo de riesgo y posibilidad de desarrollo. Formulo al menos una hipótesis, válida como mínimo para el siglo XIX: los éxitos industriales más duraderos, si no los más brillantes, se basaron en la imbricación de diferentes mercados. La comprobación positiva resulta sencilla para el plomo marsellés que, entre los años 1840 y 1860, fundó su prosperidad sobre el control de los mercados franceses y mediterráneos y sobre una expansión atlántica. Por su parte, Hermoupolis aporta una comprobación negativa global: fue la primera ciudad industrial de Grecia mientras las fronteras del país independiente no se internaron demasiado en el continente; sin embargo, la ciudad de las Cícladas conoció mayores dificultades –a favor de El Pireo- conforme Grecia iba instalándose en los territorios balcánicos. El espacio mediterráneo siguió abierto a Hermoupolis, pero le fallaba cada vez más la base de un espacio nacional.

Inserción duradera en las corrientes de intercambio mediante una adaptación a su contenido, combinación de dos modalidades espaciales: sin ser específicamente mediterráneos, los elementos anteriores actuaron sin duda alguna como una garantía de duración, de espacios para el primero y de actividades para el segundo, pero no pueden dar cuenta por sí solos del hecho industrial en su integridad. Incluso en el Mediterráneo, la fábrica no se redujo a ser un simple anexo del depósito.

### 3.2.2. Las lógicas de producción

La oposición entre la seriedad del comportamiento industrial, basado en la inversión, y el carácter especulativo de un planteamiento comercial en busca de la ganga no tiene en cuenta las obligaciones y los imperativos que afectaron a la mayoría de las industrias mediterráneas, que se enfrentaban a los peligros de la competencia internacional en cuanto su producción desbordase el estrecho marco de los mercados locales e incluso nacionales. La industria mediterránea constantemente se vio obligada a zigzaguear entre la modernización y la sobrecapacidad de producción. Una inversión excesiva podía conducir a un fracaso más rápido que el arcaísmo mismo. Por otra parte, la inversión conllevaba cierta rigidez y dificultades para la readaptación en caso de hundimiento de un sector. También fue necesario sopesar el desequilibrio de los factores de producción del entorno: por un lado, capitales bastante menos abundantes de lo que dejaba imaginar el brillo de algunas fortunas y, sobre todo, movilizados por las obligaciones negociantes de algunos sectores; y, por otra parte, una mano de obra abundante, disponible a un coste relativamente bajo y susceptible de serlo aún más en caso de crisis, entre otras posibilidades, recurriendo a las olas migratorias. Pero dichas condiciones no tenían porqué desembocar necesariamente en comportamientos arcaicos: la introducción de innovaciones y el recurso a técnicos extranjeros, por lo general ingleses, resultaba mucho más sencillo y menos costoso de lo que con frecuencia se piensa. Los industriales mediterráneos pudieron desarrollar por sí mismos ciertas innovaciones adaptadas a sus propias condiciones de producción.

El análisis del ambiente en el que iban a desarrollarse los procesos productivos llevaría a estudios más profundos. En este punto, resulta imprescindible hacer hincapié en la necesidad de sustituir los tópicos descalificadores por una comprensión de las lógicas del planteamiento productivo. La explotación de un sector coyuntural o de un pequeño mercado local reservado podía conducir a jugar con la mano de obra en la producción. En otros casos, como en el de la industria textil catalana, podía convertirse en una modernización retardataria y limitada, con objeto de adaptar los costes y la producción a las exigencias del mercado. Un ejemplo de innovación lo constituye el horno de gran tiro para el tratamiento de los carbonatos de plomo en Cartagena: adaptado al mismo tiempo a los carbonatos de la sierra, a los medios de los fundidores locales y a los conocimientos técnicos de los obreros (CHASTAGNARET, 1991 a). Asimismo, las industrias química y metalúrgica ofrecen múltiples muestras de introducción de técnicas vanguardistas, comenzando por la máquina de vapor, precozmente utilizada y construida en un primer momento recurriendo a técnicos británicos. Finalmente, se observó una progresiva elaboración de sistemas técnicos coherentes en el ámbito mediterráneo, de entre los que destacaron los aplicados a la industria aceitera y jabonera, con sus dos pilares: la utilización del vapor y una mano de obra barata e intercambiable, a excepción de los especialistas. Hasta tal punto que, en este caso concreto, los problemas no surgieron como consecuencia de la imperfección del sistema, sino de un equilibrio demasiado grande, prolongado por los flujos sucesivos de mano de obra inmigrante. Los fabricantes en modo alguno se convirtieron en comerciantes especuladores, sino en productores incapaces de adaptarse





finalmente a las combinaciones sucesivas de los mercados locales, nacionales, internacionales y coloniales, los mismos que habían garantizado su longevidad (CHASTAGNARET y TEMIME, 1991).

### 3.3. Un falso debate

#### 3.3.1. Los lugares de poder

Uno de los tópicos más tradicionales, a menudo valorizado a nivel regional, y particularmente en Marsella por la presencia de la Compañía de los “Docks”, atañe a la oposición entre iniciativa mediterránea e iniciativa forastera: los industriales del Mediterráneo habrían perdido el control de su economía. En realidad, este fenómeno no es nada nuevo. Un estudio reciente sobre los ingenieros ingleses en el Mediterráneo ha demostrado su papel en la creación de empresas, en particular de astilleros, ya desde antes de 1850. De forma más general, las limitaciones en la acumulación de los capitales y la inmovilización en el mundo de los negocios llevaron a los empresarios más dinámicos a buscar fuera del Mediterráneo los medios financieros para el desarrollo de sus negocios. Excepto en el caso de actividades orientadas exclusivamente a la búsqueda del beneficio, fue una suerte para Europa haber podido atraer capitales e iniciativas, privadas u oficiales (por ejemplo en Fos), capaces de suplir las carencias de las élites locales. Por otra parte, estos criterios están perdiendo cada vez mayor interés con la globalización de la economía mundial. Actualmente, el problema reside contrariamente en integrar aún más el espacio mediterráneo en las estrategias de inversión de las multinacionales, particularmente para aquellas actividades que requieran mano de obra.

159

#### 3.3.2. Desarrollo y prosperidades

La oposición entre un desarrollo sólido, irreversible en tanto que fundado sobre una serie de cambios cualitativos que únicamente puede la industria, y las prosperidades cíclicas y frágiles, cuando no transitorias, que caracterizaban al mundo mediterráneo, ha dejado de ser pertinente. Hace ya tiempo que Michel MORINEAU (1970) advirtió contra las simplezas y los errores de unos análisis encubiertos por el concepto de crecimiento. La crisis puso de manifiesto la fragilidad de las industrias mejor establecidas. Asimismo, estudios más recientes han mostrado la complejidad y la diversidad de las bases del crecimiento en los países industrializados por excelencia. No existe ya un único camino, ni una seguridad de éxito definitivo en la búsqueda del crecimiento.

En estas condiciones, la explotación de oportunidades, la diversidad de estructuras y ramas, y la flexibilidad y la capacidad de adaptación de las industrias mediterráneas ya no

aparecen como señales de marginalidad, y se han convertido en agentes eficaces de la progresión general, a largo plazo, de los distintos indicadores económicos. Por otra parte, este progreso no se apoyó exclusivamente en la actividad industrial, sino que la agricultura de exportación pudo desempeñar un papel parecido, aunque no de forma lineal: los ciclos de prosperidad se alimentaron de elementos simultáneos o sucesivos. Los efectos duraderos de una actividad no pueden medirse tan sólo por la solidez aparente de una empresa; tan importantes o más son, a este respecto, la creación o el desarrollo de propuestas y técnicas comerciales o financieras; aprendizajes de toda clase (incluido culturales en su sentido más amplio); y, finalmente, la distribución de rentas, salarios o beneficios. Con demasiada frecuencia se olvida la complejidad y el componente social de la cadena del crecimiento.

El crecimiento económico en el Mediterráneo no encajaba bien en los esquemas conceptuales del desarrollo. La generalización de las incertidumbres ha permitido reconocer a un tiempo la realidad de una progresión que afectó, cuando menos, a los espacios de la orilla norte y la eficiencia de unos factores probablemente menos originales de lo que se ha creído. Teniendo en cuenta no sólo sus oportunidades de contacto y de apertura, sus posibilidades productivas, sino también sus obligaciones, vinculadas particularmente a los problemas energéticos y a las limitaciones de los mercados más próximos: ¿no puede ser el Mediterráneo un observatorio excepcional de la variedad de los caminos hacia el crecimiento?

#### 4. Conclusiones: tres líneas para la reflexión

160

Esta rápida revisión acerca de una temática todavía muy abierta exige, quizá mejor que unas conclusiones al uso, algunas sugerencias para la reflexión. Propondré tres.

La primera hace referencia a los *espacios*. Ya subrayamos la coexistencia de distintos niveles de espacios y la complejidad de sus articulaciones para las prácticas comerciales. Este fenómeno repercute en realidad sobre el conjunto de la lógica industrial, incluidos los factores de producción: en este campo también, el empresario utiliza los distintos espacios, tanto en los tiempos de prosperidad como en los tiempos difíciles. Búsqueda de nuevas áreas de iniciativa, de socios, o de mano de obra barata en favor de un nuevo ciclo migratorio: estas prácticas, de las cuales se podrían encontrar múltiples ejemplos, invitan a mirar con atención las representaciones y estrategias espaciales de los empresarios, y en particular la utilización de las redes.

La segunda dirección, científica y práctica a la vez, se centra en *los avatares y las posibles pérdidas de la memoria*. Mientras que Marsella fue una ciudad industrial a la manera de Barcelona, su memoria industrial está perdiéndose, tanto entre las élites como entre las capas populares que durante mucho tiempo trabajaron en ella. ¿Por qué? Sería necesario distinguir,



tanto para este caso como para otros, cada uno de los diferentes factores que actúan. La crisis industrial es el más evidente, pero hay muchos otros:

- Los soportes de la memoria, las fábricas: en ciertos casos, pueden seguir siendo visibles por su actividad o por un desarrollo patrimonial, o convertirse en invisibles mediante su inserción en el tejido urbano (como muchas de las antiguas aceiterías marselesas), o por la euforia destructiva de los años sesenta.
- La memoria se asienta mucho mejor en la sucesión de generaciones familiares que en una fuerte renovación producida por migraciones.
- La inserción entre los elementos constitutivos de una conciencia de identidad regional. Mientras que Barcelona y Cataluña no han dejado de declararse industriales (al igual que Hermoupolis), el puerto se ha afianzado como el elemento identitario positivo de la economía marselesa, en un planteamiento de múltiples protagonistas, desde las elites y los sindicatos hasta los universitarios.

Más allá de sus aspectos científicos y patrimoniales, la gravedad del problema reside en lo que está en juego en términos de política económica, que puede esquematizarse en la oposición entre un voluntarismo industrial afianzado en una tradición, y una renuncia susceptible de utilizar como argumento o coartada la supuesta ausencia de toda tradición productiva.

Finalmente, ¿puede hablarse de un *modelo mediterráneo de industrialización*? La crisis provocó que se tomaran muchas precauciones en la utilización del propio concepto de modelo, si bien en ocasiones se sigue empleando, concretamente para los nuevos países industrializados del sudeste asiático. Pero, por otra parte, ¿cómo hablar de modelo mediterráneo global, en tanto que la historia industrial hace referencia fundamentalmente a la orilla norte, y aun con fuertes desigualdades regionales? En realidad, el problema se plantea precisamente porque el crecimiento de Italia o de España en los últimos cincuenta años ha fascinado a varios países de las orillas este y sur, y puede prestarse a instrumentalización en el marco de las relaciones norte-sur, a riesgo de imponer una lectura reduccionista de las condiciones de éxito (CHASTAGNARET, 1991 b). Crecimiento por vecindad con espacios más desarrollados, libertad de movimientos para personas y capitales y exportación de los productos; todo lo anterior es cierto, pero sigue siendo más que insuficiente: la historia industrial de los países mediterráneos no comienza ni con el plan Marshall, ni con la CEE ni con el Opus Dei. Se trata de una historia larga y compleja, en la cual las iniciativas y los mercados locales han desempeñado, a pesar de sus limitaciones, un papel primordial. Una historia difícil, en todos los sentidos de la palabra, que debe ser reconstruida con un deseo de rigor y de comprensión de las lógicas de sus protagonistas. Tan sólo a este precio podrá escapar de sus dos escollos: el olvido y la caricatura.

## Bibliografía

- ANTONI, C. (1984): *Les débuts de l'industrialisation en Grèce (les années 1870-1880)*, tesis de tercer ciclo, París X-Nanterre.
- ANTONI, C. (1986): «L'industrie grecque au XIX<sup>e</sup> siècle. Périodisation, problèmes d'intégration», en *Economies Méditerranéennes. Equilibres et intercommunications, XIII-XIX<sup>e</sup> siècles*, II, pp. 333-342.
- BERG, M. (1985): *The Age of Manufactures, 1700-1820*, Londres, Fontana.
- CAMERON, R. (1938): «Economic growth and stagnation in France, 1815-1914», en *Journal of economic history*, XXX, 1, pp. 1-13.
- CHASTAGNARET, G. (1985): *Le secteur minier dans l'économie espagnole au XIX<sup>e</sup> siècle*, tesis doctoral, Aix-en-Provence, pp. 133-176.
- CHASTAGNARET, G. (1991a): «Echecs méditerranéennes au XIX<sup>e</sup> siècle : réflexions sur les cas de l'industrie chimique et du traitement des métaux», en AMOURETTI, C. y COMET, G., *L'évolution des techniques est-elle autonome?* Marsella, pp. 87-98.
- CHASTAGNARET, G. (1991b): «Sortir du Sud : le modèle espagnol», en *Vingtième siècle*, 1991, pp. 33-41.
- CHASTAGNARET, G. (1992): «Marsella en la economía internacional del plomo», en *Revista de historia industrial*, 1, pp. 11-38.
- CHASTAGNARET, G. y TEMIME, E. (1991): «L'âge d'or de l'industrie à Marseille et Activités et vie ouvrière à Marseille», en *Marseille au XIX<sup>e</sup> siècle*, Marseille, pp. 91-117; 309-327.
- CRAFTS, N. (1985): *British economic growth during industrial revolution*, Oxford.
- DEWERPE, A. (1985): *L'industrie aux champs: essai sur la proto-industrialisation en Italie du Nord (1800-1880)*, Roma, Ecole Française de Roma.
- DUNHAM, A. L. (1953): *La Révolution industrielle en France, 1815-1848*, Paris, Rivière.
- KINDLEBERGER, C. (1964): *Economic growth in France and Britain, 1851-1960*, Cambridge, Mass.
- LANDES, D. (1949): «French entrepreneurship and Industrial growth in the nineteen century», en *Journal of economic history*, IX, 1, pp. 45-61.
- LANDES, D. (1969), *Unbound Prometheus. Technological change and industrial development in Western Europe from 1750 to the present*. Trad. al francés (1975), *L'Europe technicienne ou le Promete libéré. Révolution technique et libre essor industriel en Europe occidentale de 1750 à nous jours*, Paris, Gallimard.
- LANDES, D. S. (1983): *Revolution in time. Clocks and the making of the Modern World*, Harvard.



- LESCURE, M. (1990): «Companies and manufacturers of the first period of industrialisation in Marseilles», en JOBERT, P. y MOSS, M., dirs., *The birth and death of companies: an historical perspective*, Parthenon Publishing Group.
- LEVY LEBOYER, M. (1968): «La croissance économique en France au XIX<sup>e</sup> siècle», en *Annales, ESC*, pp. 788-807.
- LEVY LEBOYER, M. (1970): «Prix, profits et termes d'échange au XIX<sup>e</sup> siècle», en *Revue historique*, pp. 70-119.
- MANCUSO, F. (1989): *Archeologia industriale del Veneto*, Venecia, Silvana.
- MANTOUX, P. (1906): *La Révolution industrielle au XVIII<sup>e</sup> siècle*, reed. en 1959.
- MORINEAU, M. (1970): *Les faux-semblants d'un démarrage économique: agriculture et démographie en France au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Paris, A. Colin.
- NADAL, J. (1975): *El fracaso de la Revolución industrial en España*, Barcelona, Ariel.
- NADAL, J. (1992): *Moler, tejer y fundir. Estudios de historia industrial*, Barcelona, Ariel.
- NADAL, J. y CATALÁN, J. eds. (1994): *La cara oculta de la industrialización española. La modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*. Madrid, Alianza.
- NADAL, J. y MALUQUER J. eds. (1985): *Catalunya, la fàbrica d'Espanya. Un siglo de industrialización catalana. 1833-1936*. Barcelona.
- O'BRIEN P. y KEYDER, C. (1978): *Two paths to the 20<sup>th</sup> century: economic growth in Britain and France (1780 to 1914)*, Londres.
- PIERREIN, L. (1975): *Industries traditionnelles du port de Marseille: le cycle du sucre et des oléagineux (1870-1968)*, Marseille, Instituto Histórico de Provenza.
- RAVEUX, O. (1998): *Marseille, ville des métaux et de la vapeur au XIX<sup>e</sup> siècle*. París, CNRS.
- RONCAYOLO, M. (1990): *L'imaginaire de Marseille: port, ville et pôle*, Marsella, CCIM.
- ROSTOW, W. W. (1960): *The stages of the economic growth*. Cambridge University press.